

noamericanas en el diseño de su postura internacional con respecto a Cuba, con la excepción del Ecuador liberal. En su gestión, los diplomáticos de Eloy Alfaro se manejaron con ingenuidad, impericia y precipitación. A pesar de ello, tuvieron la virtud de ponernos al desnudo el poco eco continental que obtuvo una propuesta que no lograba ocultar las segundas intenciones.

México intentó sacarle partido, pero a mi juicio hizo poco por respaldar y quizás hasta precipitó su frustración. La anticipación de Díaz por redefinir la «doctrina Monroe», condicionó al fallido congreso de agosto de 1896, cuando hubiera sido ocasión propicia en bandeja de plata para intentar una solución osada con el apoyo de otras repúblicas hermanas.

Muy distinta también fue la conducta del gobierno dominicano regentado por Ulises Hereaux, *Lilis*, quien supo cubrir las apariencias con España a la vez que ofrecía ayuda secreta a los revolucionarios cubanos.

Al México oficial no faltó información ni ocasión para contemplar una política más acorde con sus propios intereses en el ámbito disputado. Una política que asegurase mayor estabilidad en su flanco caribeño, sin llegar a un rompimiento ni con España ni con Estados Unidos, y eso hubiera podido lograrse, a mi juicio, mediante una acción colectiva que nunca se intentó seriamente.

Al calentarse la primavera de 1898 con el avivamiento de la tensión hispano yanqui, los diplomáticos en Washington se pusieron más alertas y prolijos en su información acerca del conflicto latente desde la explosión del *Maine*. Sobre todo desde el momento en que el Congreso washingtoniano empezó a discutir las diversas fórmulas de resolución a fin de intervenir en la guerra de Cuba. Matías Romero, con su experiencia, información y casi habitual agudeza, previó la inevitabilidad de la intervención estadounidense.

La representación cubana en Estados Unidos solicitó los buenos oficios de México tardíamente, cuando ya el ultimátum a España era un trámite formal. El 18 de abril solicitaron una entrevista con Romero quien la describe en la nota 1038 del día siguiente:

«En la tarde vinieron a verme los señores Quesada y Díaz Albertini, y el primero me manifestó [el] deseo de que el gobierno de México mediara en la cuestión, a fin de obtener de España el reconocimiento de la independencia de Cuba. Le contesté que me parecía que después del acuerdo aprobado por el Congreso, no era razonable esperar que España abandonara la isla de Cuba y que cualquiera intervención con ese objeto vendría de hecho a apoyar la política agresiva del gobierno de los Estados Unidos, que en mi concepto no podría contar con simpatías entre las repúblicas hispanoamericanas».

De la reunión con los cubanos Romero sacó una interpretación peregrina acerca del disgusto con Estados Unidos por el no reconocimiento del gobierno insurrecto, aspecto que fue seguido minuciosamente en todos sus despachos en torno a las discusiones habidas en la Cámara y el Senado, donde las enmiendas destinadas a garantizar el reconocimiento de los rebeldes en las resoluciones a promulgar fueron desechadas por mayoría.

Tras los debates, donde algunos diputados se fueron a las manos, y las votaciones acerca de cómo llegar a la injerencia en la guerra de los cubanos contra España, Romero veía emerger con fuerza las combinaciones que tendrían a condicionar las posibilidades de anexión:

«Entiendo que el propósito de este gobierno en la aprobación de los proyectos expresados en establecer un gobierno en la Isla de Cuba en que figuren en primer término los amigos de la anexión a los Estados Unidos, para que terminada la guerra con España, pueda llevarse a cabo esta medida a solicitud del gobierno de la Isla, haciéndose una cosa semejante a lo que ha pasado con Hawaii».

Es de sumo interés la impresión que tenía Romero acerca del papel que venía desempeñando el antiguo general sureño Fitzhugh Lee, como cónsul de Estados Unidos en La Habana, para precipitar el juego bélico; en el mismo despacho que acabo de citar hace un recuento de sus cabildeos y una curiosa comparación:

«Creo también que el general Lee ha venido a precipitar algún tanto los sucesos, pues en sus conversaciones con los hombres públicos de este país ha asegurado que la guerra con España sería un juguete; que el ejército español en Cuba está completamente desorganizado; que se debe a los soldados el haber de diez meses y a los empleados civiles el de dos años; que el ejército está hambriento y desnudo; que los españoles que residen en Cuba y tienen intereses allí en favor de la anexión a los Estados Unidos, como la única manera de obtener garantías, y que el solo hecho de desembarcar un ejército de este país en Cuba desbandará por completo el ejército español. Me parece que en este caso el general Lee está sufriendo de alucinaciones semejantes a las de M. de Saligny cuando aconsejó a su gobierno la intervención francesa en México y aseguró que no encontraría resistencia ninguna en nuestro país».

Cuando la guerra de intervención parecía inevitable, lógicamente, se produjo una necesaria evaluación de las fuerzas que habrían de enfrentarse. A simple vista se reconocía la superioridad militar de Estados Unidos, en pleno ascenso de innovaciones. Sin embargo, los funcionarios mexicanos parecen haber estado lejos de hacer una apreciación correcta del poder hispano. Cuando el mañoso cónsul estadounidense Lee, y otros

radicados en Cuba con excepción de Mc Garr, que había estado en el puerto de Cienfuegos, pintaban un cuadro lastimoso de la situación de las autoridades coloniales, se inclinaron a desestimar esos informes por tendenciosos. Sí tuvieron razón en suponer la tendenciosidad, pero se embaucaron al dudar del fondo de autenticidad de los mismos. La nota número 1039 de abril 19 de 1898, cuando ya las hostilidades estaban a punto de estallar, es demostrativa de una serie de datos y posibilidades de dudosa veracidad:

«Entre los altos funcionarios de este gobierno prevalece la idea de que España no opondrá resistencia seria a la fuerza que envíen a Cuba los Estados Unidos. Se cree que el ejército español que hay ahora en la isla, está completamente desmoralizado y que, o depondrá las armas al desembarcar las fuerzas de los Estados Unidos, o hará una débil resistencia, tan solo por cubrir las apariencias. Se cree también que las fortificaciones españolas en La Habana, y especialmente las del castillo del Morro y la Cabaña son antiguas y serán destruidas en pocas horas por los buques de guerra de los Estados Unidos, pues se dice que no tienen piezas de calibre de gran alcance que puedan hacer daño a los buques de este país. Se cree igualmente que España aceptará la guerra simplemente por evitar que sea destronada la dinastía actual, y que después de la primera batalla en que se cree será derrotada, solicitará la cooperación de las naciones europeas para hacer la paz con los Estados Unidos, bajo la base del abandono de Cuba y Puerto Rico. Se cree además que si España no procediere así, las naciones europeas y principalmente Inglaterra, que se perjudicarían grandemente con la prolongación de la guerra, obligarán a España a aceptar la paz, por lo cual se espera que la guerra sea de muy corta duración y que impondrá muy pocos sacrificios a los Estados Unidos. Se cree, por último, que la mayoría de los habitantes en Cuba, y principalmente los españoles acomodados, están en favor de la anexión de la isla a los Estados Unidos, como la mejor manera de obtener garantías para sus propiedades y que se levantarán en masa en favor de la anexión, cooperando así al pronto término de la guerra».

Romero insistió en que los cónsules yanquis, especialmente Lee, se distinguían por acoger informaciones y opiniones contrarias a la dominación española. También las atribuía a la visita fugaz de una comisión de senadores preparada por el *New York Journal*, propiedad de Randolph Hearst, tan conocido por su sensacionalismo, y que apenas estuvieron horas en la isla. Daba más crédito a los reportes de Thomas R. Dawley quien estuvo varios meses en la isla como corresponsal del *Harper's Weekly*. A poco de empezar la guerra y recibirse información de los duelos artilleros entre los